



TIEMPO DE ADVIENTO

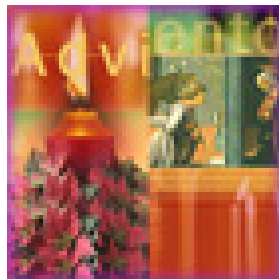
Oración inicial TIEMPO DE ADVIENTO



Tiempo de Adviento,
Tiempo de espera.
Dios que se acerca,
Dios que ya llega.
Esperanza del pueblo,
la vida nueva.
El Reino nace,
don y tarea.

Te cantamos
Padre bueno, a la esperanza.
Con María, ayúdanos Señor,
a vivir generosos en la entrega,
a ofrecer nuestra vida como ella,
a escuchar tu Palabra en todo tiempo,
a practicar sin descanso el Evangelio,
ayúdanos a vivir solidarios con los que
sufren, con quienes hoy como ayer
en Belén no tienen lugar.

Te cantamos
Padre Bueno, a la esperanza.
Con los pastores de Belén,
ayúdanos señor a vivir
la Vigilia de tu Reino,
a correr presurosos a tu
encuentro,
a descubrir tu Rostro
en medio del pueblo,
a no quedarnos "dormidos"
en la construcción del
mundo nuevo.



Te cantamos
Padre Bueno, a la esperanza.
Con los ángeles de Belén,
ayúdanos Señor, a cantar
al mundo entero tu Presencia,
¡ Dios-está-con-nosotros !
Construyamos la paz
entre los hombres,
edifiquemos la Justicia
entre los pueblos.

Te cantamos
Padre Bueno, a la esperanza.
Con Jesús niño-Dios, ayúdanos Señor,
a abrigar la esperanza
que nace en cada Adviento,
a escuchar los clamores de tu pueblo,
a regar con nuestras vidas
la semilla de tu Reino,
a ser Mensajeros de tu Amor.

**Navidad, fiesta del hombre.
Navidad, fiesta de Dios.
Queremos ser tus Testigos,
danos la fuerza, Señor.**

Introducción: Lector 1 Después de la oración introductoria del Padre Nuestro y de alabanza al Espíritu Santo, junto a la Corona del Adviento, iniciamos nuestro tema, que la liturgia de estos días nos va marcando, dado que empezamos mañana con el tiempo de Adviento.

En el Adviento celebramos el misterio de la venida del Señor en una actitud gozosa, de vigilancia, de espera y de acogida. Nuestra vida se presenta, con asombro siempre nuevo, ante el misterio entrañable de un Dios que se ha hecho hombre. Es este un misterio que el Adviento prepara, la Navidad celebra y la Epifanía manifiesta.

Con el Adviento se nos convoca a preparar la Navidad, es una convocatoria a crecer en la esperanza, a vivir la experiencia de la cercanía de Dios.

En este tiempo de Adviento el Señor vino, viene y vendrá. La palabra Adviento procede del latín, y significa venida: la venida inminente de algo o alguien que está al llegar y que, además, esperamos ardientemente.

Jesús ya ha venido, y su venida transformó la historia del hombre. Su presencia -Dios hecho hombre- nos anuncia que el amor del Dios se hace realidad plena para todo el que lo quiere vivir. Sólo se necesita cambiar el corazón. El corazón del hombre ha de estar dispuesto a amar, a guiarse de la bondad de Dios, viviendo con los débiles el rechazo de la opresión, el poder y la riqueza.

Y lo podemos observar con las TRES MIRADAS.

Nuestro Adviento es **UNA MIRADA HACIA ATRÁS**, hacia aquel acontecimiento trascendental para vivirlo con toda la intensidad, y celebrar que Dios se ha hecho hombre, que Dios ha entrado en nuestra historia, ha hecho suya nuestra debilidad y nos ha abierto el camino capaz de liberarnos del mal y del pecado, sea el que sea.



Lector 2 A ello nos ayudan los profetas, con su esperanza y confianza en el Mesías que iba a venir, y María -el gran modelo del Adviento- que se sabe pobre y frágil en un mundo necesitado de la acción salvadora de Dios y se abre a Él para hacer posible su venida. María es modelo de espera gozosa del Señor que viene.

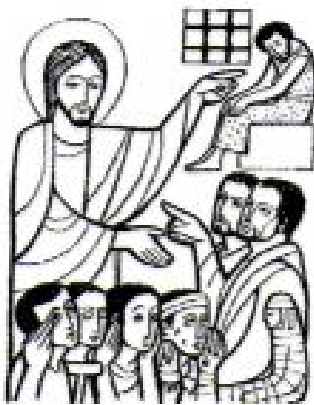
. Nuestro Adviento es **UNA MIRADA A NUESTRO ENTORNO** para celebrar la venida constante de Dios. Invitados a vivir la venida histórica del Señor para experimentar su venida constante en las personas y los acontecimientos de nuestra vida, sobretodo en aquellos más queridos por nosotros y que se encuentran lejos, y también -por qué no-, en todos los que comparten nuestra soledad y falta de libertad.

Una venida que se hace constante en la oración, cuando le buscamos en el diálogo amoroso y dejamos que Él sea nuestro compañero de camino. O cuando nos reunimos en su nombre, como comunidad que cree y celebramos los sacramentos, que es donde se hace presente de manera más viva el Espíritu de Jesús.

Nuestro Adviento es también **UNA MIRADA A LA VENIDA DEFINITIVA** como horizonte final de nuestra existencia, donde la esperanza proclama que nuestra historia no está condenada al fracaso, sino a compartir con toda la humanidad la vida plena de Dios. Una esperanza alegre y pacificadora que alienta en el camino y anima a la responsabilidad bajo la certeza de que una mano amorosa nos acogerá para eternizar nuestra vida.

Canto

Lector 3 Lectura del Evangelio: 1Y sucedió que, cuando acabó Jesús de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades. 2 Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo, envió a sus discípulos a decirle: 3 « ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» 4 Jesús les respondió: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: 5 los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; 6 ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!» 7 Cuando éstos se marchaban, se puso Jesús a hablar de Juan a la gente: « ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? 8 ¿Qué salisteis a ver, si no? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten con elegancia están en los palacios de los reyes. 9 Entonces ¿a qué salisteis? ¿A ver un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. 10 Este es de quien está escrito: “He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino” 11 «En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.



los reyes. 9 Entonces ¿a qué salisteis? ¿A ver un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. 10 Este es de quien está escrito: “He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino” 11 «En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.

PALABRA DE DIOS

Te alabamos, Señor

MOMENTOS DE SILENCIO Y REFLEXIÓN

Comentario: Lector 4: Mañana, comenzamos el adviento

Y sería una pena que pasara de largo. O que todas nuestras preocupaciones durante el adviento consistieran en ver en qué gastamos el dinero. El adviento, o sea, lo de todos los años. Pues no, no es "lo mismo que todos los años". Este año ha de ser nuevo, ha de ser distinto.

¿Por qué esta repetición de la liturgia? Pues, porque lo necesitamos, porque somos olvidadizos. Y la Iglesia se encarga de recordarnos siempre lo esencial, lo único importante, lo único válido. Y lo importante y lo válido es siempre Jesucristo, contemplado en sus diferentes misterios.



¿Cuál es el misterio, el aspecto de Jesucristo que la Iglesia nos recuerda en adviento? Su presencia permanente, pero oculta entre nosotros. De ahí que escuchamos: saber encontrar al que ya está. Ya está, porque siempre está y nunca nos deja. Pero no le descubrimos, porque su presencia es sacramental: "en medio de vosotros hay uno a quién vosotros no conocéis". No lo conocemos: nunca lo conocemos suficientemente y siempre lo conocemos mal. Incluso los que mejor le conocen sólo le conocen, parcialmente, relativamente, "en espejo y en enigma". No conocemos a Jesucristo: este es el sentido del adviento, y a tomar conciencia de ello nos invita la Iglesia para que podamos conocerle mejor.

El Adviento tiene una dimensión de futuro, de presente y de pasado. Una dimensión de futuro y de pasado, que sólo tienen sentido si en el hoy de nuestra vida somos capaces de encontrarnos con el Señor.

Dimensión de futuro: el Señor vendrá con gloria y majestad. Su presencia ahora es oculta, pero vendrá con gloria y majestad, y entonces se descubrirá la verdad y la razón de muchas cosas. Se nos invita a mirar al futuro. Nuestra esperanza está puesta en el más allá, en un cielo nuevo y una tierra nueva, en una ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios y hacia la cual peregrinamos. Esa mirada hacia el futuro no nos aparta del presente, sino que proyecta una luz sobre las realidades presentes que no están de acuerdo con los planes de Dios, realidades que debemos transformar, porque un cristiano no se siente cómodo con ellas.



Lector 5: Por eso, el adviento tiene también una dimensión de presente: este Señor que vendrá está hoy presente entre nosotros: *"yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"*. Por eso la Iglesia nos invita a descubrirle en nuestra historia, y también en la historia del mundo, pues el Señor está presente en cada hombre y en cada acontecimiento. Y si a veces el pecado oscurece esta presencia, la tarea del cristiano es la de luchar contra el pecado personal y social, para que todo sea una mayor transparencia de Dios.

Y dimensión de pasado: está presente hoy porque quiso habitar entre nosotros, naciendo de María y dejarnos su Espíritu.

Por eso, hemos escuchado y lo estamos repitiendo que el Adviento, es tiempo de esperanza. Es el tiempo que nos abre a la esperanza de encontrarnos plenamente con el Señor, nos invita a descubrirle presente en nuestras vidas y aviva el recuerdo de su venida para estimular nuestra esperanza y dar fuerzas a nuestro presente. De ahí la importancia que tiene vivir bien este Adviento. Podemos tener la sensación que nosotros, los católicos curtidos, buenos, "veteranos", que a veces estamos un poco cansados y un poco de vuelta de tantos sermones, de tantos retiros, de tantas exhortaciones, no nos hace falta recapacitar. Nos lo sabemos todo, nadie nos dice nada nuevo, hemos oído todo y tenemos experiencia de todo lo espiritual, de todo lo cristiano. Estamos incluso cansados, porque la vida nos ha maltratado y defraudado. Esperábamos muchas cosas de la vida cristiana, y en el fondo pensamos que no nos ha dado nada, que en viento y en nada hemos gastado nuestras fuerzas.



Pues bien, a nosotros, que estamos hasta aburridos, hoy el Señor nos dice: *"ánimo, José, Antonio,... levanta la cabeza, vale la pena, no pierdas el tiempo. Sigue esperando y sigue buscando, porque no has llegado. Lo mejor está aún por venir y por descubrir"*. Cada día puede ser nuevo, cada día

puedes descubrir al Señor y encontrarte "nuevamente" con él, con una novedad distinta que nunca se agota. Este adviento está ahí para despertarnos de nuestro cansancio, de nuestra modorra, de nuestro aburrimiento, de nuestro pensar que nada vale la pena, que nada puede cambiar, que no hay nada nuevo bajo el sol. De ahí la necesidad de estar atentos, vigilantes: *"velad, ya que no sabéis cuándo viene el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al cantar el gallo, o de madrugada"* (Mc 13,35).

Canto

Lector 6:

Señor, baja, desciende... Nosotros, en medio de tanto aburrimiento y cansancio, también tenemos la tentación de clamar como el pueblo de Dios, derrotado, despojado y desterrado, suspiraba por una intervención

directa del cielo: ¡Ojalá bajases! Tentación eso de la bajada del Señor: ¡Baja de la cruz y creeremos en ti! En el fondo eso quiere decir: no nos gusta tu manera de ser Dios. Preferimos que lo seas a nuestra manera: ni en la cruz ni en el pesebre. En los palacios. La gran tentación es pensar que las cosas cambiarían si bajase el Señor. Hasta "los montes se derretirían en tu presencia", y se esfumarían los obstáculos que parecen insalvables.

Tú eres la luz. Si bajases se acabarían las noches largas, interminables, y se disiparían tantos nubarrones, amenazantes; huirían los miedos y las tristezas que escoltan a las tinieblas. Si bajases, la noche sería clara como el día, y nadie se escondería ni se avergonzaría de sus obras. Si bajases el error sería imposible, nadie preguntaría qué es la verdad, porque se impondría a todos cautivando.

Tú eres la libertad. Si bajases, se acabarían los destierros tan amargos y tan largos; se superarían todas las esclavitudes, las cárceles se abrirían de par en par, saltarían los cepos y los cerrojos, las puertas estarían siempre abiertas. Si bajases, nadie se degradaría con vicios y complejos, nadie se sentiría avergonzado o apocado. Si bajases, no habría más ley que la que dicta la conciencia, la que están impresa en cada corazón.

Tú eres la justicia. Si bajases, los derechos serían respetados, ninguna persona por desvalida que fuera, sería olvidada, marginada, oprimida o ultrajada; no se necesitarían jueces ni tribunales de justicia. Si bajases, cada uno estaría dispuesto a ceder su derecho, antes que vulnerar el derecho de los otros; cada uno sería el guardián de su hermano. Si bajases todos los bienes se compartirían, no habría hambre, ni subdesarrollo.



Alegría



Tú eres la paz. Si bajases, se extinguiría la locura de la guerra y del armamentismo, los conflictos se resolverían con el diálogo y nadie levantaría la mano contra nadie. Si bajases, de las espadas se forjarían arados, los tanques se reconvertirían en tractores y los aviones en palomas mensajeras. Si bajases, a todas las "armas" se les caería la "r" y sonarían amorosamente. Si bajases no habría envidia ni violencia y la palabra perdón sería la más gozosamente pronunciada.

Tú eres el amor. Si bajases, el rey de todas las sociedades, el presidente de todos los parlamentos, el director de todas las empresas, el árbitro de todos los juegos, el líder de todos los grupos, sería el amor. El amor sería el punto de referencia de todas las miradas, de todas las reuniones y la fuente de toda inspiración. Si bajases, nadie sería menos-preciado, menos-amado, los más débiles serían los preferidos, nadie se sentiría sólo. Si bajases, todos los hombres hablarían la misma lengua y las diferencias no separarían sino que enriquecerían.

Lector 7: El Señor bajó Baja siempre. Está bajando. Y no desaparece la soledad, el odio, la pobreza, la guerra, la división. Pero no baja a nuestra manera. Incluso uno a veces se pregunta si es verdad que tenemos tantas ganas de que baje el Señor. Pues sin él hasta parece que estamos contentos. Tenemos de todo, aunque nada nos satisface; seguimos aburridos, sin amar, sin dejarnos amar. Seguimos mintiendo. No somos libres: no decimos lo que sentimos, no nos presentamos como somos. En el fondo no nos interesa mucho que baje el Señor. Preferimos que baje del cielo una lluvia de millones de euros. No bajas, Señor, en el fondo no nos va tan mal. Nos va bien con nuestros jefes, con nuestros líderes, con nuestras estrellas, con nuestro trabajo, con nuestros ahorros, nuestras compras y nuestros caprichos. Nos va bien con nuestros espectáculos, nuestros deportes, nuestro consumo, nuestra droga de cada día.

De ahí que el buen proyecto para este adviento no es un deseo vacío de que baje el Señor. Porque ya está ahí. Y como está ahí la pregunta no es: ¿dónde está Dios?, sino: ***¿estoy dispuesto a crear en mi vida las disposiciones adecuadas para encontrarle?***

La cuestión es si nos interesa recibirlo y si nos ponemos en la situación de encontrarlo. Su presencia no es evidente, cierto, pero no por eso es menos real. No es evidente, porque no quiere imponerse. Porque el amor no se impone, respeta siempre la libertad. Es una presencia "sacramental". Todos conocemos las múltiples presencias del Señor. Es cuestión de descubrirlas. O, más que descubrirlas, es cuestión de ir allí donde sabemos que está. De estas múltiples presencias del Señor, conviene insistir en una porque es la que más fácilmente olvidamos y, sin embargo, es la más decisiva y la que hace verdaderas a todas las demás. Me refiero a su presencia en el prójimo, en el compañero, en el del lado,... Si no sabemos descubrirle ahí no le encontraremos en otros sitios, en la oración o en la misa, por ejemplo.

Lector 8: ¿Cuántas veces hemos escuchado «*El Reino de los cielos se parece a...*»? Y sabemos bien la respuesta. Y entonces decimos que el Reino de los cielos, o sea Dios mismo, es semejante a un banquete en el que todos los hombres, sobre todo los pobres, son acogidos; a un pastor que se ocupa y preocupa más de una oveja perdida que de noventa y nueve seguras; a un padre que acoge, sin pedir explicaciones, al hijo que ha malgastado su herencia; al propietario de un campo que ofrece generosamente un abundante sueldo a quien no se lo ha ganado. Resumiendo, el hombre se encuentra con Dios cuando crea las condiciones para un encuentro fraterno, liberador, reconciliador y gratuito: es lo que indica directamente la parábola del juicio escatológico, en donde el Rey explica a los que tuvieron compasión y misericordia con su prójimo que, en realidad, a quien estaban atendiendo y con quien se estaban encontrando era con Dios mismo (Mt 25,31 ss.).



En todo lo que favorece el bien del hombre es posible encontrar una huella de la presencia de Dios. De ahí que a lo largo de los diferentes libros de la Biblia, tanto en el Antiguo como, en especial, en el Nuevo Testamento se critica la falsa imagen de un Dios que no tiene que ver con la salvación del hombre. Así los profetas recuerdan que el verdadero conocimiento de Yahvé va ligado a la práctica de la justicia con los pobres y los indigentes (Jer 22,16). Y la vida de Jesús chocó con las autoridades judías no a propósito de la fe en Dios, sino de cómo funcionaba esa fe en relación con los pobres. Una imagen de Dios que no coincida con la salvación del hombre es idolátrica y debe ser rechazada. Saber encontrar al que ya está: en nuestra relación con el prójimo nos jugamos el encuentro con Dios.



Adviento no es sólo tiempo de descubrimiento

Es también el momento para que tú seas adviento para los otros. Pues mientras tú descubres al Señor en los otros, también puedes hacer que los otros descubran en ti al Señor. De ahí que se nos habla no sólo de descubrir al Señor en cada hombre y en cada acontecimiento, sino de llevar al Señor a cada hombre y a cada acontecimiento. Que todos tus encuentros con los demás, sean quienes sean, estén impregnados de amor. Que todos puedan ver en ti a un portador, a uno que trae al Señor, que hace al Señor presente. Que todos vean que contigo viene el Señor. Que tú seas para los demás presencia del Señor.

Lector 9: El Señor viene, el Señor está Cuando te lo encuentras, te encuentras contigo mismo. Él es la verdad más profunda acerca del ser humano, el que manifiesta plenamente el hombre al hombre, el que permite que poco a poco vayamos conociendo nuestra propia realidad. Estamos perdidos porque en realidad no nos conocemos, no nos aclaramos. La

presencia del Señor ilumina nuestra vida, conduce nuestros pasos y nos manifiesta la plena verdad de nosotros mismos. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido. En realidad no nos conocemos. Sólo nos conoce el Señor. Él que es más íntimo a nosotros que nuestra propia intimidad. Cuando nos lo encontremos cara a cara, conoceremos como somos conocidos, conoceremos como nos conoce el Señor. Y por eso habremos encontrado nuestra plenitud. Ahora, en la medida en que le vamos conociendo, conocemos también el sentido de todas las cosas, y nos conocemos a nosotros mismos. Vivimos menos perdidos, tenemos más luz, estamos más tranquilos, más consolados, somos más felices. ¡Que este adviento sirva para ello y también para que podamos irradiar sobre los demás este conocimiento de Dios!

Este es el comienzo de la Buena Nueva, de la Buena Noticia. Estamos ya en el camino de la esperanza.

Todo esto, y más, es lo que nos dice el Adviento. Todos los años nos exhorta a considerar el prodigio de esta Venida. Pero nos recuerda también que su sentido sólo puede adquirir su plenitud si el Redentor no viene sólo para la humanidad en su conjunto, sino para cada uno de nosotros en particular: en sus alegrías y miserias, en sus convicciones, vacilaciones y tentaciones, en todo lo que constituye su ser y su vida. Descubrir desde lo hondo de nuestras conciencias que Cristo es mi Redentor y viene a mi vida, es ponerse en el



camino de Adviento. El auténtico Adviento procede del interior. Del interior del corazón creyente del hombre y, sobre todo, de la hondura del amor de Dios. Debemos preparar el camino a su Amor y descubrir formas nuevas que nos pongan en disposición de recibir "al Salvador de Dios". De nuevo volverá a tener vigencia y sentido este bello deseo y oración: "Ven, Señor Jesús".

Lector 10: El Señor está cerca, lo hemos comentado y nos lo recordará cada día de la liturgia del tiempo del Adviento. Esta cercanía del Señor la sentimos todos: tanto nosotros, rezando cada sábado en nuestro encuentro de amigos, como todos los cristianos que tratan de preparar el corazón y la conciencia para su venida. Por todas partes, la gente sencilla y devota, dondequiera que un profundo espíritu de fe hace sentir la necesidad de abrir el alma

al Señor que está para venir, se prepara con alegría para el gran momento. La alegría mayor de esta espera del Adviento es la que viven los niños, sobretodo en los lugares donde es aún tradición la construcción de los Belenes o Pesebres. Es que el Señor se está acercando, cada vez está más cerca, y nos hemos de preparar.

¿Por qué hablamos hoy de todo esto? Para comprender mejor el Adviento. Adviento, lo recordamos, quiere decir Dios que *viene, porque quiere* que «todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad». Viene porque ha creado al mundo y al hombre por amor, y con él ha establecido el orden de la gracia. Pero viene «por causa del pecado», viene «a pesar del pecado», viene para quitar el pecado.

Por eso no nos extrañamos que, en la noche de Navidad, no encuentre sitio en las casas de Belén y deba nacer en un establo (en la cueva que servía de refugio a los animales).

Pero lo más importante es el hecho de *que Él viene*.

El Adviento de cada año nos recuerda que la gracia, es decir, la voluntad de Dios para salvar al hombre, es más poderosa que el pecado.

Lector 11: El **tiempo de Adviento** es un tiempo de vigilancia y de esfuerzo.

¿Qué me dice la palabra "esfuerzo"? ¿Sobre qué punto de mi vida el Señor me pide que me haga violencia, que me exija más? Antes de buscarla, en prácticas excepcionales ¿no debo primero descubrir el cambio que está ahí, presente en mi vida, y que tan a menudo rehúso? Es decir, el combate para "amar mejor", el combate para "rezar mejor", el combate para "servir mejor y comprometerme más".

Adviento también es el tiempo para acompañar a la Virgen embarazada durante las últimas semanas de su Buena Esperanza, cuando el peso de Jesús se hace sentir más. Ella va nutriendo en su seno la naturaleza humana del Hijo Unigénito del Padre. Y siente el peso, un peso dulce, del Hijo de Dios humanado.



Adviento es tiempo, pues, para «ayudar» a Nuestra Madre a llevar el peso de Dios, el peso de Jesús, que es el peso de las almas. Su maternidad se extiende a tantas; y muchas no conocen a su Madre ni a su Padre, no saben de su filiación divina ni de su filiación mariana y andan por caminos que separan de su Hijo.

Con Ella se aprende a llevar el peso de Dios, y de todo lo que es de Dios, lo que Dios ha querido poner sobre nuestros hombros.

Se distingue una Luz a lo lejos. Ya se adivina cercano el cielo de Belén, los pastores, los Ángeles, la estrella, los Magos... Allá haremos un alto en el camino, pausado y sabroso, para adorar mucho y besar al Niño Dios. Luego, le seguiremos - con María y José - a dondequiera que vaya.

Oración: ADVIENTO, TIEMPO DE ESPERANZA

Adviento,
tiempo de esperanza,
en el seno de María
crece el fermento de un mundo nuevo,
el hijo del Dios vivo que llega
a compartir con nosotros.

Nace Emanuel,
Dios-con-nosotros,
hecho niño, pobre, pequeño y necesitado.

María nos enseña el camino
para hacer nacer a Jesús
en nuestro tiempo:
confianza, entrega, fidelidad, coraje,
y mucha fe en el Dios de la vida.

Tiempo de espera,
de atención y cuidados,
de respeto y contemplación.

Señor,
hay mucho dolor en nuestro tiempo,
hay sufrimiento e injusticia,

ayúdanos a sembrar semillas de
esperanza.

Descúbranos la alegría de la paciente
espera, activa y fecunda,
comprometida por la vida de los que nos
rodean.

Enséñanos a hacer crecer
la esperanza de algo nuevo,
anímanos a entregar nuestras vidas
para la construcción del Reino.

Es tiempo de espera, Señor,
pero también, es tiempo de donación
y compromiso efectivo.

Contágnanos la fe sencilla de María,
que dio su vida
para alumbrar el Reino
y hacer nacer la esperanza
en medio de su pueblo.



**NOS DESPEDIMOS TODOS JUNTOS, UNIENDO NUESTRAS
MANOS ALREDEDOR DE LA CORONA DE ADVIENTO,
REZANDO A NUESTRO BUEN DIOS
Y A LA BUENA MADRE**